

b.—VERDADES A MEDIAS.

Bajo este título cabe la descripción de mi opositor sobre el despilfarro, el desarreglo y el padecimiento engendrados por el sistema de la competencia. Aún cuando su presentación de estos males fuera literalmente exacta, no se desprendería de ello que el sistema fuera ética y económicamente una bancarrota. Tal conclusión no estaría justificada sino hasta que se demostrara que los males de que se trata fueran mayores que los de algún sistema previo, o hasta que el presente sistema probara ser incapaz de mejoramiento, o hasta que se encontrara en verdad un sistema mejor.

Ninguna de estas condiciones es llenada por Mr. Hillquit.

Las condiciones económicas son mejores para las masas que lo han sido en cualquier época pasada. Con excepción quizá de la décima parte más miserable, las clases obreras están mejor alimentadas, vestidas y albergadas, y mejor dotadas de beneficios económicos en general. Aún la "subyugada décima parte" está probablemente mejor alimentada y alojada que lo estuvo la sección correspondiente de la población en el período más favorable del pasado, o sea en las postrimerías de la Edad Media. Los progresos alcanzados por todas las divisiones de la clase obrera desde los comienzos del sistema capitalista, hace cerca de una centuria y cuarto, constituyen uno de los lugares comunes en la historia económica.

Ciertamente, Mr. Hillquit admite que, "con todo, la vida es en la actualidad más propicia, aún para las masas, que lo fué en época alguna del pasado"; pero

afirma que el presente sistema ha introducido ciertos males graves y ha fracasado "en aprovechar las fuerzas propulsoras de mejoramiento." Que la posición y medios de subsistencia de grandes secciones de la población obrera son menos bajo el arreglo existente que en las estables y regulares condiciones de la sociedad medioeval, no puede ponerse en duda; pero este defecto está disminuyendo gradualmente y puede ser extirpado enteramente por medio de la moderna invención del seguro. Que nuestro "poder del capital" es algo nuevo bajo el sol, es también indiscutible; sin embargo, no ejerce el mismo control inmediato sobre la vida y la libertad del pueblo como la aristocracia feudal; además, su dominio puede ser restringido o aniquilado tan pronto como lo intente seriamente el gobierno nacional.

Que no hemos "aprovechado las fuerzas propulsoras de mejoramiento", es la más lamentable verdad; pero este hecho no justifica la conclusión de que nuestro sistema económico es incapaz de aprovecharlas.

Ni Hr. Hillquit ni ningún otro crítico han aducido evidencias positivas para demostrar que el presente sistema no puede ser reformado en forma tal, que todos los males genuinos que denuncian sean eliminados. El progreso alcanzado en los Estados Unidos en los últimos veinticinco años en pactos colectivos entre patrones y empleados, en la protección en la industria de las mujeres y los niños, en la seguridad y la higiene, en los sitios de trabajo en la compensación por accidentes industriales, en la legislación sobre salario mínimo, en la actitud del público y de los patrones hacia los derechos y demandas del trabajo, en la certidumbre de que los principales abusos del poder económico proceden, no del capital, sino del capital privilegiado, y otros muchos he-

chos significativos, evidencian que nuestra sociedad económica no es ni reaccionaria ni estacionaria.

El grado alcanzado en la remoción de los principales daños de la competencia por medio de la combinación y el cooperativismo, indica el inmenso progreso a que fácilmente puede llegarse en tal terreno. Las crisis industriales han disminuido firmemente en frecuencia e intensidad. Son estos sólidos definidos y substanciales progresos. Ignorarlos es injusto. Pretender que han llegado ya a un término no es ni racional ni científico.

La requisitoria de mi opositor contra el orden existente llega a ser razonable sólo en la pretensión de que un sistema económico perfecto y sin grietas puede prácticamente alcanzarse. Piensa él haber encontrado tal sistema en el Socialismo. En la próxima y subsecuentes ediciones de *Everybody's* veremos como se equivoca grandemente en su suposición. Mientras tanto llamo simplemente la atención al hecho de que la "anarquía" y el despilfarro en el sistema actual, bien pueden ser menores males sociales que la carencia de incentivo y libertad individuales, inevitables en un determinado y rígido sistema económico-político.

¿Sería de desearse que todos los obreros fueran obligados a vender su trabajo, y todos los consumidores a comprar sus artículos, a una sola agencia, el Estado?

Con respecto al inadecuado incentivo, el Profesor Thorstein Veblen, que no es en manera alguna un desafecto crítico del Socialismo, escribe:

Mientras que por la naturaleza de las cosas es inevitable que el manejo de la industria por los modernos métodos envuelva un gran desperdicio en el esfuerzo y un gran despilfarro de útiles y servicios, es también verdad que las aspiraciones e ideales a que esta forma de la

vida da lugar, compensa grandemente toda esa fatalidad incidental. Estos ideales y aspiraciones pecuniarias tienen un gran efecto, por ejemplo, en hacer a los hombres trabajar firme y perverantemente, de tal modo que por este sólo capítulo el sistema probablemente compensa cualquier despilfarro inherente a su manejo. Parece, en consecuencia, que no hay ningún fundamento para pensar que el sistema envuelve una limitación a la subsistencia de la comunidad. Suple su despilfarro inherente por la adición de esfuerzo que arroja sobre los que desempeñan trabajo productivo." (*"The Theory of Business Enterprise,"* p. 65; New York, 1904.)

Si comparamos los males de nuestro sistema presente con los elementos de un orden social ideal, no podemos tan enérgicamente condenarlos; si los comparamos con lo que puede ser practicable a la luz de la experiencia, vemos que están lejos de ser tan terribles como aparecen en las elocuentes páginas de Mr. Hillquit.—(1). Puesto que él emplea el primero más bien que el último criterio; su pintura carece de perspectiva y proporción y nos suministra tan sólo series de verdades a medias.

El mismo juicio debe ser aplicado a su descripción de los males de la sociedad presente que no son principalmente económicos. Medida por la defusión general de la cultura entre las masas, dice que "nuestra civilización moderna es un miserable fracaso." No está autorizado semejante veredicto, si nuestra norma de comparación vá a ser ejercida sobre los hechos del pasado o sobre adecuada interpretación de las posibilidades del presente y del futuro.

¿Piensa Mr. Hillquit, por ejemplo, que la cultura del

(1) Perdón si mi pobre traducción les ha hecho perder su elocuencia.—N. del T

profesor de universidad pudiera, bajo un factible arreglo de las condiciones sociales y económicas, ponerse dentro del alcance de todos los seres humanos?

“Millones de mineros y operarios viven todavía en la décimaquinta centuria.” Indudablemente es esta una exageración. Tan sólo una pequeña minoría de esas clases,—en los Estados Unidos al menos,—carece por completo de educación, libros y periódicos, mientras que tan sólo una pequeña minoría de la población en la vigésimaquinta centuria poseía alguna de estas cosas. Ante todo, hay que convenir en que se ha progresado de una manera muy importante en la obra de proporcionar a las masas oportunidades de cultura.

De acuerdo con mi opositor, nuestro presente sistema industrial coloca al productor en contra del consumidor, al inquilino en contra del propietario, al obrero en contra del patrón. En una gran parte es esto verdad. Es también inevitable. En algún grado prevalecería aún bajo el Socialismo, pues que los productores de cualquier artículo no serían los mismos para toda la masa de consumidores. Los primeros buscarían la más alta remuneración posible; los últimos desearían en su mayor parte mantener bajos los precios de las mercancías y, en consecuencia, los salarios de sus productores. Los Socialistas conceden la mayor importancia a este antagonismo de intereses, mas, una corta reflexión demostrará que sólo podría ser eliminado por un retroceso a aquella economía primitiva en que cada ser humano produce para sí mismo sin comprar nada a otro alguno.

Aunque mucho de lo que se dice comunmente acerca de la armonía de intereses entre el patrón y el empleado es justamente lo que Mr. Hillquit llama “mentira convencional,” su propia figura del lobo y el cordero es me-

nos mala que una caricatura. Se den o no cuenta de ello, ambos, patrón y obrero, progresarán mejor a la larga estableciendo sus relaciones en tal forma que la parte divisible entre ambos sea la mayor posible. La parte del capitalista en la mayoría de los casos será más grande si establece liberales condiciones de empleo y salarios, que si rigurosamente se esfuerza en “obtener el máximum de trabajo por el mínimum de retribución.”

Que la mayoría de los obreros no hayan llegado a darse cuenta de esta verdad, no la convierte en mentira; que un número de ellos constantemente acrecentado esté comprendiéndola, prueba que no vá a permanecer eternamente oculta para la masa determinante de ellos.

La aserción de que el trabajador “instintivamente aborrece a su patrón” puede aplicarse sólo a una pequeña minoría de la clase obrera. Es impropio decir que “las contiendas industriales son casi la regla”, pues que no prevalecen la mayor parte del tiempo en grupo alguno de patrones y obreros. Un completo y justo arreglo de la estadística, muestra que en proporción a la población obrera las huelgas están firmemente decreciendo, (En prueba de esta aserción véase “Labor Problems” de Adams and Summer, p. 180; New York, 1905.) Las relaciones subsistentes entre el término de obreros y sus patrones durante la mayor parte del año, no pueden caracterizarse con el término “contienda” como tampoco caracterizaría esa expresión a las relaciones entre el ama de casa y el tendero de la esquina.

Diferencias inevitables de intereses no quieren decir permanente estado de guerra.

La desmoralizadora influencia de los negocios, especialmente de los “grandes negocios” sobre nuestra vida

política, es en resumen lo que un tanto lúgubrementemente define Mr. Hillquit.

No reñiré con sus apreciaciones sobre el pasado, pero no puedo aceptar su inferencia de que ninguna mejora substancial es visible o aún posible. Considerar los avanzados y fundamentales cambios tendentes a un mejoramiento ocurridos en los últimos cinco años, particularmente en la última campaña presidencial simplemente como "una más grande decencia exterior" es preferir la hipérbole a una expresión literal y adecuada.

Además, mi opositor no toma en cuenta que la formidable corrupción practicada por las grandes corporaciones es tan reciente como las corporaciones mismas, y que se requiere tiempo para que el pueblo se aperceba de las condiciones nuevas y de los peligros nuevos. Que los capitalistas procuran siempre corromper a los políticos, es verdad; pero también lo es con respecto a cualquiera clase cuyos intereses se encuentren afectados por la actividad gubernamental.

Aún bajo el Socialismo, los hombres desearían ciertas cómodas ventajas, tales como mayores ingresos y mejores posiciones, que estarían dentro del poder de los funcionarios políticos. Y estas ventajas no serían de menor sino de mayor importancia para gentes con moderados salarios que lo son las cuantiosas utilidades para el capitalista de nuestros días. La única diferencia esencial consistiría en que los cohechos serían más numerosos y menos liberales.

De acuerdo con Mr. Hillquit, la prensa el púlpito y la escuela están directamente bajo la influencia, si no es que directamente al servicio de los capitalistas. Considerada tal como está, no es ésta más que una tosca exageración.

A pesar de las numerosas y notorias aserciones en contrario, los periódicos semanarios y mensuales no apoyan todos los principales proyectos y deseos del Capitalismo. Los grandes diarios son, en verdad, más condescendientes; pero aún una gran parte de ellos es independiente en muchas materias importantes, por ejemplo, en la cuestión de los trusts y en la de tarifas. La reciente efervescencia de la opinión pública sobre esas materias, así como sobre la riqueza privilegiada en general, es en gran parte debida a alguno de los diarios metropolitanos.

En verdad, si mi opositor simplemente pretende significar que la prensa sostiene al sistema de la propiedad, privada del capital como opuesto al socialismo, enuncia una verdad; pero no es esa, después de todo, una muy instructiva verdad.

Su aserción de que las iglesias están sostenidas por los intereses del dinero, y que el clero "interpreta la palabra de Cristo en la versión del superintendente de fábrica" es verdad sólo con respecto a una pequeña minoría. Es, sin embargo, verdad práctica con respecto a todo él, en el sentido de que no predica la Biblia en la versión de Carlos Marx.

Decir que "los colegios y universidades son fundadas, dotados o sostenidos por capitalistas benévolos bajo la condición tácita de que la ciencia permanezca invariablemente respetable y respetuosa," y significar que tal condición es cumplida, es pasar por alto la enseñanza actual en esas instituciones, particularmente la que se imparte en las cátedras de sociología y economía. La aserción así enunciada por mi opositor, no tiene origen, evidentemente, más que en un juicio *a priori*.

Para su afirmación de que tan solo "excepcionales

vigorosos espíritus" entre los periodistas, sacerdotes y profesores resisten "la corruptora influencia de la presión económica del capitalista" no ofrece la menor semblanza de prueba. Todas las evidencias tienden a demostrar que la afirmación contraria estaría más cerca de la verdad, es decir, que son los hombres que se rinden a tales influencias, los que en esas tres clases constituyen la excepción.

Su aserción de que la prensa, la escuela y la iglesia, han fracasado durante centurias en conquistar algo que valga la pena en el remedio de los males sociales, es inconcusamente, simple retórica. Que contemple serenamente los sucesos de la historia; que elimine del progreso social las aportaciones de esas tres entidades, y dígasenos entonces que es la que queda.

Que la prensa, la escuela y la iglesia no han removido todos los males sociales ni nos han proporcionado ideales condiciones sociales, es una verdad, pero esto no justifica la aserción de que nada han alcanzado prácticamente, ni la inferencia de que no tendrán éxito en el futuro. Aquí, como en muchas otras partes de su artículo, mi opositor ha adoptado un irrazonable e imposible criterio.

Circunscribir todos los males del orden existente a una sola fuente común, la propiedad privada del capital, no es ni plausible a la luz de la experiencia ni justificado por los hechos. Nos ofrece una explicación que es absolutamente simple. Acudimos a las palabras del profesor Marshall: "La acción de la naturaleza es compleja; y a la larga nada se aventaja pretendiendo que es simple y tratando de describirla en series de proposiciones elementales" ("Principles of Economics," p x; first edition.) Puesto que la situación que venimos conside-

rando envuelve la acción simple y recíproca de racional e irracional naturaleza en cien diferentes medios, es de esperarse que sus causas y problemas sean complejos en el más alto grado.

Un sereno análisis de los hechos muestra que los males denunciados por Mr. Hillquit se deben sólo en parte al capitalismo, y que aún esta parte puede imputarse no al sistema en sí, sino a sus abusos. Muchos de nuestros errores y desequilibrios sociales proceden directamente de las limitaciones de la naturaleza humana, tales como la ignorancia y la codicia; y estas subsistirían y serían efectivas bajo cualquier sistema. Los males que particularmente se imputan al Capitalismo, tales como la opresión del trabajo, los injustos y no ganados ingresos, y la insuficiente distribución de la propiedad productiva, pueden todos ser eliminados por medio de una reforma social.

De acuerdo con mi opositor, sin embargo, la reforma social no puede proporcionar sino un ligero y temporal alivio pues que, resulta incapaz de producir una "cura definitiva o radical." La verdad o mentira de esta aserción depende de nuestra definición de los términos, y de nuestra norma de procedimiento. Medido por un criterio alimentado en la historia y la experiencia, el mejoramiento en las condiciones sociales desde la aparición del sistema capitalista, no es "ligero"; juzgado por las determinantes indicaciones de nuestro tiempo, no es "temporal." (Véase, por ejemplo, la revista histórica contenida en el capítulo XIII de "Labor Problems" de Adams and Summer.)

Con respecto al futuro, toda indicación señala un gran aceleramiento en todos los movimientos hacia determinadas reformas. Tal será el resultado normal de

nuestros acrecentados conocimientos sobre hechos, fuerzas y posibilidades sociales, del despertar de la conciencia social, y de la mayor inteligencia, determinación y poder de las clases menos afortunadas. En tanto que no puedo estar de acuerdo con mi opositor ni en lo que se refiere a método ni en lo que respecta a su contención sobre una "cura radical y definitiva" de nuestros males sociales, creo que está en lo justo al afirmar que nuestros recursos naturales y técnicos son competentes para proveer a todo el pueblo de abundante alimento, vestido y alojamiento. Creo que nos movemos lenta pero firmemente, hacia esa meta, que no alcanzaremos por los fatales senderos del Socialismo, sino por el sólido camino de la reforma social."

A la luz de la pasada experiencia y de los conocimientos actuales, la dirección de ese camino parece ser la siguiente:

I.—NECESARIAS Y ADECUADAS REFORMAS SOCIALES.

Los tres grandes defectos económicos del presente sistema son: insuficiente remuneración de la mayoría de los asalariados; excesivos ingresos obtenidos por una pequeña minoría de capitalistas; y la mesquina distribución de la propiedad del capital.

Para los insuficientes salarios, el remedio esencial y apropiado, es un salario *mínimum* legal para que ninguna persona pueda ser compelida a trabajar por menos del equivalente a una decente subsistencia, incluyendo protección adecuada contra todas las contingencias de la vida. Mientras esta condición puede realizarse el Es-

tado debe tomar providencias legislativas sobre seguro contra enfermedad, accidente, cesantía y ancianidad, así como sobre el decente alojamiento de aquellos cuyos salarios sean todavía inadecuados.

Otras leyes necesarias son aquellas que tiendan a alcanzar un mejor equilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo, aboliendo impropias formas y condiciones en el trabajo de la mujer, evitando las horas excesivas de labor en todas las clases de trabajadores, determinando medidas racionales para la solución de contiendas industriales, y estableciendo un perfecto y universal sistema de educación industrial. Los fines perseguidos por toda esta legislación, pueden y deben ser promovidos por un indefinido incremento en la extensión y poder de las organizaciones del trabajo.

Los excesivos ingresos y ganancias pueden ser evitados por medio de la abolición de privilegios especiales y de irreglamentados monopolios, todos los negocios con carácter de monopolio deben ser eliminados en absoluto, excepto aquellos que la experiencia demuestre ser naturales y necesarios. Tales naturales monopolios como ferrocarriles, telégrafos, tranvías, y todos los de servicios municipales en general, deben ser poseídos y operados por la apropiada autoridad pública, o bien reglamentados en tal forma que sus propietarios no reciban más que el tipo común de interés sobre el valor actual de la propiedad. Si el futuro demuestra que, aún fuera de este campo de servicios públicos, hay ciertas comodidades que pueden ser más económicamente producidas bajo control monopolístico, el Estado debe fijar los precios máximos a que deben venderse, o llegar a ser en cierto grado, un competidor en la producción. Un mo-

nopolio privado irreglamentado, es socialmente intolerable.

Los impuestos que graven la producción y las necesidades de la vida, deben ser gradualmente removidos, colocándolos, en cambio, sobre la tierra, los ingresos y las herencias. Si una parte considerable del futuro incremento en el valor de la tierra fuese apropiada por medio del impuesto, la tierra llegaría a ser de más fácil acceso para los carentes de ella, y los ingresos no ganados recibirían una saludable represión. Como resultado de las medidas precedentes, el capital se vería invariablemente restringido en una forma automática, a la cifra común o competitiva de interés, excepto en los casos en que el capitalista fuera capaz de lograr mayor provecho, en razón de excepcional eficiencia personal. En consecuencia, en todos los casos, los ingresos del capitalista, no excederían a una justa y necesaria retribución por sus servicios sociales.

La mezquina distribución de la propiedad del capital es más fundamental que los otros dos males, porque amenaza la estabilidad de todo el sistema. Que la mayoría de los asalariados no pueda, en un país tan rico como América, poseer ninguna propiedad productiva, ni tenga posesión alguna en los medios de producción, es una tosea anomalía. No es normal ni puede ser permanente. Ninguna nación integrada en su mayoría por asalariados, puede perdurar como nación. Hasta que la mayoría de los asalariados llegue a ser propietaria, en parte al menos, de los instrumentos con que trabaja, el sistema del capital privado permanecerá, según la frase de Hilario Belloc, esencialmente inestable."

La condición por la que sólo una minoría de los empleados participan de la propiedad del negocio en que

trabajan, y que pone la dirección responsable de la industria en las manos de un pequeño número de poderosos individuos, es una condición patológica. Y amenaza la vida del presente sistema.

Cito al historiador Brook Adams:

"El dominio capitalista de la sociedad, que ha prevalecido por más de dos generaciones, ha fracasado, y hombres del tipo capitalista tienen aparentemente delante de ellos la alternativa de adaptarse al nuevo medio, o de ser eliminados, como ha sido eliminado eternamente todo tipo anticuado." (The Atlantic Monthly, April, 1913, p. 435.)

Uno de los pasos más importantes en este proceso de equilibrio, será la distribución de una gran parte de la propiedad del capital entre los trabajadores. Este fin puede ser alcanzado por muy diversos medios, pero los dos tipos principales deben ser las asociaciones en participación por acciones y las sociedades cooperativas. El cambio tendrá que venir necesariamente despacio, pero tal ha sido la historia de todos los adelantos fundamentales y duraderos.

Como ya he hecho observar, una parte considerable de nuestros males sociales no son económicos, sino intelectuales y morales. Para estos, los remedios deben suministrarse evidentemente a través de la educación ética y mental del individuo, y las fuentes de semejante educación son la prensa, la escuela y la iglesia. Los hechos y relaciones de la vida industrial deben ser mejor conocidos, la ley moral mejor aplicada en todas las fases de la actividad económica, y la conciencia individual y social mejor educada y vigorizada.

III.—REPLICA DE MR. HILLQUIT

Mientras gozoso admito que algunas de las medidas reformistas propuestas por el Dr. Ryan son enteramente firmes y grandemente deseables, no puedo aceptar su programa como un remedio adecuado para los males económicos existentes. Lo considero, además enteramente desautorizado para sostener proposición alguna de secundarias e industriales reformas sociales en oposición al programa definitivo del Socialismo.

El Socialismo no se opone a las genuinas reformas sociales. Muchas de las medidas invocables por el Dr. Ryan como substitución al Socialismo, están comprendidas en la plataforma Socialista, y algunas de ellas han sido formuladas primeramente por los Socialistas. Los Socialistas adoptan y apoyan cualquiera medida que se crea mejore la suerte del trabajador, o que restrinja la riqueza o las ganancias excesivas; pero comprenden que tales reformas son, como deben ser por la naturaleza de las cosas, simples artificios, útiles pero temporales. Los consideran como remedios paliativos administrados al paciente para suavizar sus penas y vigorizar su organismo, pendiente de más radical tratamiento sobre la enfermedad básica; paliativos enteramente inpotentes para llevar a efecto una completa cura.

Imaginemos que el programa de reformas mencionado por el Dr. Ryan ha sido completamente realizado. Un salario mínimo ha sido determinado por la ley, la duración del día de trabajo ha sido limitada a un razonable número de horas, y se han tomado providencias apropiadas para la salvaguardia del obrero en casos de enfermedad, accidente, cesantía y ancianidad. ¿Puede

presumirse que después del logro de reformas tales los trabajadores descansen para siempre pasivos y contentos; que abandonen todo esfuerzo hacia ulterior mejoramiento, y que las ruedas del progreso social se detengan de improviso?

De ningún modo. El capitalista aún extraerá ganancias de la labor del obrero, y éste aún clamará por una parte mayor en el producto. Este movimiento no puede lógicamente detenerse hasta que se establezca una completa justicia social, reintegrándose a la población obrera la totalidad del producto de su labor y aboliendo todos los "no ganados" ingresos, excepto en la forma de público sostén para los débiles e incapacitados; en otras palabras, hasta que sea realizado el Socialismo.

Así, el Dr. Ryan y yo partimos de las mismas premisas: la concepción de la necesidad de radicales cambios sociales. La diferencia entre nosotros es la diferencia usual entre el Socialista y el reformador no-Socialista. El primero trata de seguir hasta el fin la senda del progreso, mientras que el último permanece vacilante e inconcluso, en su imposible empeño de establecer un término en un punto indefinido a la mitad del camino.

IV.—CONTRARREPLICA DEL DR. RYAN.

Mi opositor pretende que muchas de las proposiciones insinuadas en mi principal artículo, se encuentran comprendidas en la plataforma Socialista, y que algunas de ellas fueron primeramente formuladas por los Socialistas. La última aserción me parece demasiado dudosa. Desde hace años el partido Socialista se encuentra afanosamente empeñado en adoptar entre sus "de-

mandas inmediatas", medidas reformistas ya sancionadas por un cierto grado de popularidad, considerándolas como de su propia cosecha.

Por ejemplo, el salario mínimo legal ha sido adoptado y agitado por diferentes grupos de reformadores sociales, durante varios años; pero hizo su primera aparición en una plataforma Socialista Americana en 1912.

Cuando fué adoptado en la plataforma del partido Progresista un mes más tarde, algunos de los leaders Socialistas clamaban que Roosevelt los había robado!

A decir verdad, los Socialistas Alemanes, en los primeros años de su actividad parlamentaria, expusieron algunas muy necesarias reformas sociales; los Socialistas de todas partes subordinaron tales reformas al bienestar y táctica del partido; y ninguna plataforma Socialista, que yo sepa, contiene una simple proposición reformista que no haya sido adquirida en fuentes no-Socialistas. Desde el punto de vista Socialista, sin embargo, este y demás similares procedimientos son lógicos y consistentes.

Los principios y medidas reformistas que he delineado en mi artículo precedente, se adaptan para enfrentarse a todos los principales abusos de nuestro presente sistema industrial. En mayor o menor grado, han resistido ya las pruebas de la experiencia, y pueden hacerse efectivas tan rápidamente como corresponde a las limitaciones de la naturaleza humana, a las lecciones de la historia, y a la justicia para todas las clases de la comunidad.

Cuando se haya llegado a sus completos resultados; cuando una decente condición mínima de trabajo y subsistencia haya sido asegurada para todos los individuos; cuando la gran mayoría de los trabajadores sea poseedo-

ra de alguna parte en los medios de producción; cuando la oportunidad económica haya llegado a ser equitativamente distribuída por medio de la educación industrial y de la abolición del monopolio privado; cuando ningún capital pueda adquirir más que la competitiva u ordinaria cifra de interés, cuando desusadas ganancias sean posibles solamente para aquellos directores de industria que en abierta competencia con sus semejantes puedan producir mayores cantidades; y cuando la clase obrera esté en posición de asegurarse una siempre acrecentada parte en la producción nacional, hasta el límite de los recursos industriales y del bien social; entonces, nada quedará de la cuestión social, excepto saludable medida de descontento, condición de todo desenvolvimiento individual y de todo progreso social.

Mi opositor me atribuye la idea de que, cuando las reformas que he invocado se hayan realizado, el progreso social se detendrá y los trabajadores quedarán "pasivos y contentos." ¡Mas, no he repudiado explícitamente tal suposición en mi expresión de que los trabajadores estarían en condiciones de ir más lejos y obtener una parte indefinidamente acrecentada en la producción nacional? Hasta dónde estaría en aptitud de progresar, no puedo decirlo. No soy un profeta. Puedo indicar el próximo importante paso que parece ser una continuación del pasado, y estar autorizado por la experiencia. Posiblemente el proceso seguiría su curso hasta que el interés, tal como ahora existe, fuera en su mayor parte abolido. Lo espero así, pero creo que este resultado no será alcanzado por el Socialismo, sino por la propiedad directa de la mayor parte de los instrumentos de producción por los trabajadores mismos, por método como los

de asociaciones en participación y sociedades cooperativas.

Y yo creo que esto será más democrático, más conductivo a la iniciativa individual, a la libertad y a la comodidad, y más deseable por cien títulos que una sociedad en que el Estado retenga el monopolio de todo el poder social, y en la que el individuo no pueda obrar sino a través del Estado.

Mr. Hillquit, por tanto, ha mal comprendido mi posición cuando dice que yo establecería un término al progreso social "en un punto indefinido a la mitad del camino." Yo no pretendo fijar un término en ninguna parte, por la simple razón de que los hechos no justifican semejante pretensión.

Mi opositor sí establece un límite a la evolución industrial, a saber, el Estado Socialista. Al hacerlo abandona la posición del evolucionista por la del utópico. Soy yo el más consistente evolucionista porque no pretendo alcanzar ningún definitivo o fijo sistema industrial. La única utopía de la que algo sé, está más allá de la tumba.

Mi opositor arguye que el Socialismo es la lógica y necesaria consecuencia y el término del progreso industrial. Yo no veo ni su necesidad ni su lógica; porque soy incapaz de aceptar la filosofía social *a priori* que soporta la fé y la esperanza social de Mr. Hillquit.

Seguiremos tratando sobre el particular en subsecuente capítulo. Entretanto, observo que esta creencia en el Socialismo como finalidad industrial, es otra prueba de que el Socialista no es más sino menos científico que el reformador social.

CAPITULO III.

EL ESTADO INDUSTRIAL SOCIALISTA ES INMORAL E IMPRACTICABLE.

I.

Por John A. Ryan, D. D.

La característica más importante de la multiforme cosa que llamamos Socialismo, es su propuesta reorganización de la sociedad industrial. Es este el fin de la filosofía Socialista, de la acción Socialista, de la esperanza Socialista. ¿Es este un fin deseable?

Reemplazaría el presente sistema de propiedad, operación y distribución privadas, por la propiedad y operación colectiva de los medios de producción y la distribución social de los productos de la industria. Veamos en detalle lo que esto envuelve aplicado a la tierra y al capital.

"La aproximación más cercana a una *volte-face* a que han llegado los Socialistas desde Marx ha sido en relación a la cuestión agraria. Marx pensó que las ventajas de la concentración del capital se harían sentir en la agricultura como en las otras industrias, pero, a pesar de la temporal confirmación de esta opinión por las enormes haciendas de Norte-América, aparece ahora muy dudosa.... El conocimiento de esto ha conducido a los reformistas a aplicar una política de apoyo activo a los